

del lecho, espionando los movimientos de la enferma, rezó...

Don Miguel Bringas no cabía en sí de la desolación. Ya muy avanzada la noche, apurando una taza de café en el comedor, con su presunto yerno, escuchaba entontecido las consoladoras palabras de éste. Jorge había llegado de Texcoco, por la mañana, inquieto en razón del cariz que tomaban los acontecimientos.

—Dios nos la quitará, no te creas... No nos la merecemos—articuló el pobre viejo, rompiendo a llorar como un niño.

Contiguo a la alcoba de Julia estaba un pequeño recibidor, donde Sofía acostumbraba de partir con sus amigas de confianza. Allí decidieron pasar la noche los Bringas y Jorge Bazán.—Una lamparilla de «mariposa» esparcía tenue claridad sobre del velador. Sustentadas por éste, veíanse revistas europeas que de rato en rato, preocupado, hojeaba el joven político. Sofía cabeceaba junto al secreter abierto. Echado en el sofá, don Miguel hacía los imposibles por vencer abrumador sueño.

¡Qué silencio! En ocasiones, entraba Sofía en el cuarto de la febricitante. Seguía la Jorge. Parado a los pies de la cama, fijaba los ojos en la faz enjuta de Julia. Deliraba. Palabras sueltas, inarticulados sonidos, brotaban de sus labios, que el joven veía moverse, vagamente, en la penumbra. Ahogados suspiros sucedían a las palabras, y era intermitente la agitación febril de las manos, bajo de las sábanas...—A la postre, ambos abandonaron la habitación, caminando de puntillas al ver que la cojita, que no se apartaba de su asiento, muy quieta, se ponía el índice en los labios, recomendándoles que no hicieran ruido.

Fué un triunfo conseguir que don Miguel se resolviera a acostarse. El dolorido señor, que

llevaba a cuestas tres noches de vigilia, no podía ya tenerse en pie.

Sus pasos inciertos se perdieron a lo lejos.

Jorge consultó el reloj. Eran las tres.—Arrellanóse en la silla. No tenía sueño. Echó mano de las revistas. No le interesaban. Volviéndose, buscó a Sofía. Sofía, sobre el secreter, se había rendido al sueño.

Pasó el tiempo... Con un quedo susurro de alas revoloteaban en la mente de Bazán los recuerdos del pasado.—¡Cómo la quiso en los primeros meses! Comparaba el rostro enjuto con el angélico que vió, aquella mañana, en la calle de Santo Domingo, cuando ella vestía de blanco y llevaba el sombrerito de listones rosa... ¡Y qué buena era! ¡Qué ternura en la voz para decirle que le quería!...—¡Y se marchaba ahora!...—Las remembranzas de las noches de luna en la reja, cuando una claridad blanca argentaba los fresnos; el recuerdo del primer beso, pedido con insistencia y con gracia y pureza inimitables dado, se complicaban en la memoria de Jorge con las impresiones, amargas unas, felices otras, de su palpitante campaña electoral en Texcoco. Veía papeletas con su nombre. La veía a *ella*, risueña, como en otros días. Creía percibir sonos de músicas distantes... — Al cabo de mucho tiempo supuso que dormía. Sin embargo, tenía los ojos abiertos.

Un roce, junto a él, habíase dejado sentir. Luego una mano, sobre de su hombro, se posaba. Después un rostro, iluminado por la lámpara, apareció.—Era Sofía, la cual arrimó una silla, y, tras de sentarse, se quedó extática.

Pasó mucho tiempo... ¿Cuánto?

Ella le había dicho:

—¿Estás triste, Jorge?...

Conversaron un poco. Al terminar, sorprendidos, advirtieron que tenían cogidas las manos...

XV

La convalecencia es como una larga sonrisa de niño ante el día que nace. Ha desaparecido el mal. Las maderas del balcón se abren, tímidamente, a la mañana. Recobran los familiares objetos su primitiva apariencia. Secretas fuerzas van resucitando en el fondo y esparciéndose como savia por los miembros endebles. La sensación de la existencia de ellas inspira medrosa alegría: esfúmase, indeciso, el temor a que desaparezcan. Los azulados párpados se cierran a ratos, como para transmitir al alma la impresión íntima, gozosa, de haber visto la luz...

Reclinada en el sillón, junto a los cristales, Julia sonreía a la primavera. Estaba animada la calle con el bullicio del domingo. Habían reverdecido los arbolillos de enfrente. Una gondolina, con vuelo rasante, pasaba, chiando. Más allá de la Reforma, se descubría un pedacito de azul...

Julia sonreía a la primavera. Una dulzura vaga, temerosa, borraba de su ánimo las últimas melancolías. Era como si inquietos jirones de nubes se desvanecieran, a la aurora.

—¿Te sientes mejor?— preguntó Rosa María, que sentada frente a ella no cesaba de mirarla con sus pupilas grises—. ¿Te sientes mejor?

Sonrió Julia, nuevamente. Su gentil cabeza, descansando en los cojines, tenía una mística palidez de lirio. Su gran nariz no era ya lúgu-

brenemente afilada, como en los días del mal: se dibujaba serena, en el semblante apacible. Una bata azul la envolvía.

—Mejor, sí. Sólo que... ¿sabes, Rosa María? Te he «extrañado» mucho...

La cojita hizo una mueca de pena. Y nada arguyó de pronto. Pensaba que realmente era triste haberla dejado sola desde que se inició la convalecencia. Pero allá, en la casa de la Amargura, la reclamaban las flores. En dos semanas no hizo nada; y menester era trabajar, trabajar mucho, hasta por las noches, para que los señores de la sedería no se enojasen. Y luego, ¡se consideraba tan inútil, con aquella pierna mala! Sentadita podía hacerlo todo; pero andar, andar... ¡La distancia era tan larga desde su barrio hasta Atenas!—Por eso había aprovechado el domingo, fiesta de guardar, para venir a verla y estarse con ella todo el santo día.

—¿De veras me has «extrañado»? No sabes lo que me gusta que me extrañes... (1) Pero no estaba yo muy lejos... Alguien me substituía, y con ventaja... Mira... —Y señaló la imagen de la Dolorosa, que aun se hallaba, con su lamparilla de aceite encendida, sobre del «buró» (2)—. La dejé para que te cuide en mi ausencia...

—¡Qué buena eres, Rosa María! —dijo simplemente Julia, humedecidos los ojos.

Desde que entró en alivio, ella, antes tan serena, tenía invencible propensión al llanto. Jorge, que iba a verla un ratito, por las tardes, necesitaba cuidarse mucho de aquella sensibilidad enfermiza. Y veíase obligada Sofía, en

(1) *Extrañar*, en su significación impropia, pero usadísima en México, de «echar de menos».

(2) Mesa de noche.

los momentos que estaba con ella, a hablar de simplezas en las que no trascendiera sentimiento alguno afectivo. — Con su convalecencia, la casa empezó, como ella, a renacer. Había venido de Lagos la tía Amelia. Desviviase don Miguel por acariciar a la enferma. El, en otro tiempo tan lleno de esquivéz y de reservas, solía sentarse por las noches al borde de la cama de Julia, y le contaba historias regocijadas.

Súbitamente, se abrió la puerta. Entraba la tía Amelia con una gran bandeja rebosante de «potajes», según dijo, con plácido humorismo, la enferma. — Muy cariñosa, arrimó una mesita la enlutada señora.

— Es hora de comer, mi reina. Ya verás qué bueno está todo esto. Yo misma te hice tu sopita de fideos... Hoy vamos a darte dos dedos de un vino excelente que te compró tu papá en la droguería... Y te comerás tu alón de pollo... ¡Está rico!

Principió ella a comer, alegre. Sentía un apetito feroz. Doña Amelia, a su lado, en pie, atendía a sus menores deseos. Rosa María, chancera, comentaba la buena gana con que Julia daba cuenta de aquellos manjares; y aplaudía al notar que en las pálidas mejillas asomaba un leve matiz sonrosado, no bien la convaleciente apuró el tan ponderado tónico.

A la una llamaron a Rosa María al comedor. Estaba invitado aquel domingo Jorge, el cual se presentó con un espléndido ramo de rosas rojas para su novia. Allí lo habían puesto, en un rincón de la alcoba, y Julia no cesó de contemplarlo cuando se quedó sola.

A ratos creía escuchar, merced a su oído sorprendentemente sensible, rumor lejano de cubiertos al que de vez en cuando se asociaban las carcajadas de Jorge. Se los representaba a todos, sentados a la mesa, comiendo cosas

buenas. Sólo faltaría papá, quien, aquel día, había marchado a Toluca al arreglo de un negocio, y no regresaría hasta el siguiente.

Mansamente el sol penetraba en la estancia. Observó ella cómo la franja de oro se iba agrandando, agrandando, hasta tocar sus pies. Sentía algo a modo de indefinible caricia al verlo subir sobre sus piernas envueltas en las mantas. ¡Qué claro era, y qué luminosa suavidad daba a todo aquello que cubría! — Poquito a poco acercó sus manos a él... Las miró. Estaban pálidas, con palidez de azucena que languidece. Se pintaba un tímido matiz sonrosado en las uñas. Las venas ponían una nota de azul amortecido en el cutis. — Y miró sus manos, tan largas como eran, tan diáfanas...

Fué menester, horas más tarde, cuando todos los de casa la rodeaban, prolongando a su lado la sobremesa, que Julia misma insistiera para que Sofía se decidiese a ir al teatro con Jorge. — Se cantaría *Bohemia* en el Arbú. La joven señora tenía grandes deseos de oírla; mas no se resolvía a abandonar a la enferma. Jorge se asoció a la insistencia de su prometida. Estarían de vuelta a las siete.

— Vé, Sofía, te lo suplico... Ya ves que Jorge quiere oír también esa ópera. ¡Hace tanto tiempo que no sales! Además, no me quedo sola. Mi tía y tu hermana me acompañarán.

Tal insistencia, amén de la que doña Amelia y la cojita mostraron, venció los escrúpulos de la morena, que a poco hubo de aparecer muy garrida y risueña, y, tras de besar mucho a su hijastra, se fué con Bazán. Momentos después percibió la convaleciente el rumor del automóvil que se alejaba...

Para los enfermos, la calle, vista a través de los cristales, es como un espejo en el cual se refleja la vida. Por la mañana les comunica su

alegría; sufren el propio sopor de ella durante la siesta; y no bien atardece, con la agitación que se aviva merced al ir y venir de transeuntes y vehículos, en las postrimeras fulguraciones de la luz, les instila la languidez, poético fruto del cansancio.—En aquella sazón, la de Atenas puso a Julia meditabunda. Dominaban en ella el silencio y quietud de los domingos de México. Algunos chiquillos del pueblo, en la vecina acera, retozaban. La claridad del sol era como lluvia de oro en el abandonado jardín de los baños de enfrente.—Arrullada por la charla de Rosa María, apenas si prestó atención a los varios asuntos sobre los que la cojita discurría. Estaban solas, y flotaba en la estancia el misterio crepuscular.

Julia sentíase acariciada, no ya por el sol, sino por la presencia de la angélica desvalida. Le inspiraba la tierna simpatía que engendra la gratitud hacia los de abajo. Con la compasión por los humildes, un concepto más humano y más noble de la vida despertaba en la antigua maestra. Rosa María le había enseñado a hacer el bien. La incomparable laboriosidad de la cojita, que renacía sucediendo a la evangélica acción caritativa junto al lecho de su amiga, hacía que la señorita Bringas se penetrara, aún más de lo que estaba, del vacío y de la tristeza de su vida ociosa en los últimos meses.

—¿Cuándo te casas, Rosa María?—preguntó, como si deseara hacerle ver que se interesaba por las intimidades de su dulce enfermera.

El rostro de la florista reveló maravillada sorpresa. ¡A tantas leguas se hallaba en tal instante de su amor, explicando a Julia cómo había aprendido su oficio en la escuela!

—¿Cuándo? No sé. Sixto es muy pobre. Sostiene a su madre; y si hay para dos, acaso no

hubiera para tres... Además, piensa que mamá... ¿Cómo voy a dejarla sola?...—declaró, con su carita sonriente; luego, poniéndose muy formal—: Pero ¡ni falta que hace! Desde que Sixto es mi novio, lo del casorio lo veo tan remoto, tan remoto, que casi se me figura que no ocurrirá...

Julia hizo un gesto muy expresivo, agitando la cabeza en los cojines. Al gesto siguió una risa fugitiva. Gesto y risa querían decir: no te entiendo.

—Ya sé que te ha de parecer raro. A mamá le sucede lo mismo. Muchas veces me ha dicho: «¿Para qué tienes novio, si no has de casarte con él?»

—Pero te casarás algún día, Rosa María... Yo sé que te casarás.

—El mundo, Julia, por lo que yo me imagino, es una ilusión. Todos los bienes a que aspiramos sólo son quimeras. Quimera, la riqueza; quimera, las humanas pompas; quimera, el amor... ¡Y eso nos basta! Con tenerlas delante, con perseguirlas, aunque nunca lleguemos a alcanzarlas, estamos contentas... Alguna vemos siempre a nuestro alcance, en la vida. Lo malo es que, a veces, se pone en fuga, como las pinzas y el alambre cuando hago flores y no los encuentro. Y entonces... entonces sólo nos queda la única, la suprema verdad: Dios...

Quedó extática por un momento. Creeríase que una aureola circundaba su cabeza rubia. Luego añadió, riendo:

—¡Vaya! Si estaré loca... Parezco un padre predicador... No me hagas caso. Charlemos de otra cosa. ¿Quieres que, para divertirme, te cuente la historia de Simbad?

Julia guardó silencio. Era el crepúsculo como el otono del día. Lentamente, lo atenuaba todo con velos indecisos.

Había cerrado ya la noche cuando Rosa María, prometiendo volver pronto, se marchó. No quiso a seguidas acostarse la enferma. Pensativa escuchaba la plática de tía Amelia, la cual aun duraba, animada y bondadosa, al entrar Sofía y Jorge, de regreso del teatro.

Sentóse el joven abogado, festivo y reidor. Volvía satisfecho de la representación de la ópera de Puccini, y se dedicó a comentarla con algunas facecias. Sofía, sin prestarle atención, no disimulaba lo cabizbaja que estaba; tanto, que su hijastra, advirtiéndolo, interrogó:

—¿No estuviste contenta?

Sofía, vagamente, repuso:

—Contenta, sí...

—Pues no lo parece — observó doña Amelia—. Apostaría que a ti, como a mí, no te gustan esos enredos de óperas modernas, en que los cantantes se cruzan de brazos y todo lo hace la orquesta... A mí me dan jaqueca; no las entiendo. ¡Si hubieras vivido en mis tiempos! Entonces sí que se aplaudían cosas bonitas. Las gargantas hacían prodigios, y se aseguraría que no eran de gentes sino de pájaros... ¡Oh, la Peralta en el aria de la locura de *Lucía!*

—Esas son vejeces, señora — objetó Bazán—. Nosotros sólo podemos creer que Angela Peralta fué un prodigio, por la palabra de honor de nuestros bisabuelos, que andaban atrasadillos en música...

Ya se disponía doña Amelia a arremeter contra el futuro diputado, en defensa de los fueros de la ópera y de los cantantes antiguos, cuando Sofía, interrumpiéndola, se despidió. Alegaba que sufría fuerte quebranto — algo de gripa, probablemente — y que necesitaba recogerse.

Los presentes se alarmaron ante la revelación de tan inopinada dolencia. El único que la

tomó a broma fué Jorge, quien, al despedirse de la guapa dama, aseguró:

—Ya verás cómo pasa... ¡Melindres nerviosos!

Sofía le respondió con un seco «buenas noches», y salió de la alcoba. Poco después doña Amelia hizo lo mismo.

Los novios quedaron solos. Julia creía flotar en una somnolencia plácida, con las pupilas abiertas a la luz. De luna era la que se colaba, medrosa, por el balcón, acentuando el misterio de la estancia, en la que agonizaba el perfume de las rosas.

Jorge cogió sus manos.

—¡Si vieras — dijo la prometida, con una extraña voz jamás por ella misma percibida — que hoy aprendí lo que no sabía! ¡Cuánto pueden enseñarnos los pobres, para los cuales la vida fué la sola enseñanza! Estoy contenta, porque la mía es clara ya, como un día de sol...

—Rarita te encuentro ahora, niña — replicó Bazán, al cabo de breve pausa—. ¿Te habrá vuelto la calentura?

—¡No, no! ¡Si estoy mejor que nunca! ¿No sientes mis manos frescas?

Aunque de suyo no era romántica Julia Bringas, la alba claridad lunar y lo singularísimo del momento la hacían encuadrar la figura de su novio en una soñación del más puro romanticismo. Parecíale Jorge ni más ni menos que la *Quimera*, por dicha presente, de que habló Rosa María.

—¿Sabes que las Alcaes están insostenibles de orgullo y de cursilería? A la pobre Sofía apenas si se dignaron saludarla. Ocupaban un palco proscenio, para que las vieran todos. ¡Como si el puesto de subsecretario de Guerra y el ascenso a general del podenco de su pa-

dre, revolucionario de ayer, justificaran tales modos!

Parlanchín y decidor siguió en su cháchara, sin percatarse del mutismo de Julia. Julia callaba, extrañamente.

Sonaron, lejanas, las campanadas de las ocho. Recordaban a Jorge una cita. Cenaría aquella noche con algunos «correligionarios» en *Bach*. Levantóse.

—¿Te vas?

—Sí. La política tiene unas exigencias...— dedujo, aderezándose el lazo de la corbata. Después, requiriendo sombrero y bastón, tornó adonde estaba la enferma, e inclinándose hacia ella, preguntó con ternura —: «Conque ¿te dejo aliviadita?»

Y, tras de besar la mano exangüe, se fué. Al pasar por el *hall*, pensando que Sofía, a tan temprana hora, guardaría ya cama, hizo reflexiones psicológicas sobre las mujeres que inventan enfermedades movidas por melindroso poder ofendido.

—¡Bah! No la creía así...—exclamó, al cerrar la puerta de la verja. Y, en busca de un coche, dió vuelta por la esquina de Versalles, tarareando la frase que, de la ópera oída, con mayor insistencia se le había grabado: —*Che gelida manina...*

XVI

«Lagos, 16 de junio.

Querido papá: No te quejes de que ayer haya dejado pasar todo el santo día sin escribirte. Son aquí tan buenos y cariñosos, me colman

de tantas atenciones y finezas desde que saben que vine a recobrar mi salud, que, verdaderamente, no ha habido modo de esquivarme para cumplir con un deber de hija amorosa.

Llegamos anteanoche. Mi tía Amelia padecía una fuerte jaqueca; ya sabes el mucho daño que le hacen las caminatas en ferrocarril. Sin embargo, no cesó de tener para mí delicadas ternuras de madre. Estaba temerosa, según dijo, de que mi viaje a Lagos, lejos de servir para acabar de aliviarme, como ella lo pensó al proponérselo, contribuyese a empeorar mi mal por lo muy triste y aburrida que yo en esta ciudad me hallaría.

Creo fundadamente que la tía Amelia se equivoque. En cuanto el tren dejó atrás a San Francisco del Rincón, empecé a sentir una penetrante delicia en el aire. Me pareció que respiraba a mis anchas, como no había respirado en mucho tiempo; que el ambiente era más puro y fresco que allá, embalsamado como estaba por los mil aromas silvestres del campo que yo veía por la ventanilla abierta... o, mejor dicho, que no veía, sino que presentía, envuelto en la obscuridad de la noche. Me acordé entonces de los caballos que relinchan y saltan de gusto cuando se aproximan a su nativa dehesa.

En la solitaria estación nos aguardaban la familia y muchos amigos: el tío Luis, con su mujer y mis primos; el tío Juan con los suyos; la tía Teresa, don Augusto Gándara, y otras personas más de quienes ya te hablaré. Mi tío Luis, al abrazarme, casi lloraba el pobrecito. ¡Me vió ir tan chica!

Acomodados en el tranvía—un tranvía que cojeaba lastimosamente—, fuimos hasta el centro de la ciudad. Había llovido por la tarde. Las calles estaban solas; ¡me parecieron tan

pequeñitas y graciosas, comparadas con las anchas y monótonas de México, que casi puede una tocar con las manos ambas paredes!— Bajamos del tranvía en la plaza, frente de la Parrquia. Junto al mercado vi una luz que se me figuró la del puesto de la vendedora aquella de pollo y enchiladas que tanta clientela tuvo desde que se estableció enfrente de *La Gran Vía*. Según me dijeron, no era la misma. La otra ha muerto ya.—La plaza estaba sin un alma. Sólo se veían los laureles de la India chorreando agua de sus hojas brillantes.

Tía Amelia vive ahora enfrente de la Plaza de la Merced, en una casita muy mona. Allí fué el refresco. Lo preparó Paula, la criada, que me quiere tantísimo, desde que de niña me tuvo en brazos.—¡Y qué refresco, Dios mío, tan abundante y rico! Había «fruta de horno», rompopé y dulces variadísimos; sobre todo unas rosquitas de leche que hacen por acá, muy sabrosas.—Todos se contrariaron al ver que yo no podía probar de aquellos excelentes manjares. La cortesía laguense se extrema en la mesa; comer bien, es aquí señal de agrado que todo el mundo estima. Contra mi deseo, heube de conformarme con una taza de chocolate y pan de agua...

Dormí de un tirón, como un ángel, en la alcoba de tía Amelia, que ella se empeñó en cederme. Las sábanas tenían un grato olor a jabón y agua clara.—Ya bien entrada la mañana, me despertó un rayito de luz; pero ¡si vieras de qué luz, papá, tan dorada y diáfana! Yo, que soy un poco miope, se me antojó que veía entonces mejor... Llamaba a misa en la Merced una campana muy ronca que hacía: *tan, tan, tan*, con una seriedad verdaderamente graciosa. En la casa se procuraba no hacer ruido que pudiera turbar mi sueño.

Más tardé en levantarme que en comenzar a venir las visitas. ¡Qué gente tan simpática esta de Lagos! Me encanta por su fina llaneza chapada a la antigua.—Reconocí a viejas amigas de mamá. Me hablaron mucho de ella. Y no es ilusión: al oír aquellas palabras y ver aquellas caras, me pareció que la mejor época de mi vida iba saliendo de la sombra, como esos añosos cuadros de los conventos que recobran todas sus particularidades y detalles al recibir la luz...

Entre nuevos conocimientos y charlas se pasó el día, con el paréntesis del fiestón de la una, al que concurrieron tíos y primos, y en el que Paula, nuestra antigua cocinera, lució, acomodándolos en parte a mi ya un tanto holgada dieta, los primores culinarios de por acá.

Pero ahora advierto que esta carta se va haciendo larguísima. Llevo escritos ya dos pliegos y aun me he dejado mil pormenores en el tintero; entre otros, los de las buenas ausencias que de ti y de Sofía todos hacen. Ya saldrán otro día a relucir, cuando, con mayor calma, me «ponga al bufete», según el decir de mi cariñosa tía Amelia.

Te quiere mucho tu hija amantísima,

Julia.

«18 de junio.

Es esta la segunda carta que te escribo, Jorge mío, y aun no recibo la primera tuya. No creas que te recrimino, sin embargo; atareadísimo has de estar con las elecciones para dipu-

tado, ya próximas, y bastante harás con acordarte de tu novia, que se encuentra de ociosa por acá.

¡Si vieras, Jorge, cuánto ha crecido mi amor con la ausencia! Lejos de ti, te divinizo; me pareces más bueno, más inteligente, más amoroso de lo que antes me lo parecías. Quizás contribuya a esto la placidez del lugar donde me hallo. Todo convida aquí a la quietud y al silencio. Sopla por todas partes una inefable poesía. Dicen que Lagos es una ciudad muerta. Así me gusta, con sus calles mal empedradas —algunas retorcidas y estrechas—, que se acuestan sobre las estribaciones del Calvario; con sus viejas y numerosas iglesias que desde por la mañana esparcen en el aire el místico concierto de sus campanas; con sus solitarias plazuelas en las que la luz tiene una radiación divina...

No son pocos los barrios en ruinas, que acusan la existencia de una población floreciente antaño. Ahora se ven los muros negros y decrepitos, sobre los cuales trepa la yedra y las campanillas azules ríen a la claridad del sol. Por las ventanas, de maderos carcomidos que penden de los goznes mohosos, se ven cuartos sin techo, en cuyo desenladrillado piso crece la hierba, y por cuyas paredes huyen, atemorizadas, las lagartijas.—Pesa un grave silencio. Entre San Felipe y el Refugio no faltan mujeres que tejan bolillo, sentadas junto al quicio de las puertas. La miran a una pasar, con una sonrisa mansa y quieta. Oigo, en una calleja, el rumor de los niños de una escuela. Más lejos resuena el yunque de una herrería. Los perros se desperezan en la hierba que ha brotado entre las guijas del empedrado, regalándose con la tibieza de la primavera... Y hay un no sé qué de dulce y amable en todo esto.—Los

señores ilustrados de aquí, dicen:—«¡Qué desolación!»—Yo contesto: ¡Qué poesía!
Te adoro, Jorge.

Julia.»

«26 de junio.

¡Si supieras, mi buena Rosa María, qué hermosura la de esta tierra y qué ambiente de religiosidad se respira aquí! Tú estarías muy contenta, de seguro, caso de hacerme compañía; y pensando en tu contento te escribo.

Hay iglesias grandes y chicas que convidan a la alegría sana de la oración. Dentro de ellas cree una estar en su casa. La claridad de la mañana entra por las vidrieras y une su plegaria a nuestra plegaria. Yo pienso en ti, Rosa María, en lo mucho que de tu bondad he aprendido, cuando rezo en estos íntimos y familiares templos.

Ayer fui con mi prima Conchita al Refugio. El Refugio es una iglesia construida en lo alto de una cuesta, desde la cual se domina el mar de verdura de la Otra Banda. De las masas de follaje que dejaban ver, a trechos, el cristal espejeante del río, se alzaba un canto sonoro a la Primavera.

Amo especialmente esta iglesia del Refugio porque me trae a la memoria un recuerdo imborrable. Allí comulgué, cuando era niña.—Al entrar mi prima Conchita y yo bajo de las bóvedas pintadas de azul, resucité con la imaginación la venerable silueta de fray Alfonso mi primer confesor. Creí ver la angélica sonrisa de su largo rostro enjuto, y el pardo hábito que revestía su cuerpo largo y anguloso.

Y sentí que las lágrimas me salían a los ojos al darme cuenta de que fray Alfonso no vive ya y de que nunca más me acariciará la dulce mirada del franciscano que aquella mañana me ofreció, con la hostia blanca, el cuerpo del Señor...

Te quiero mucho, Rosa María. Cástate con Sixto y ven con él a esta tierra de paz.

Julia.»

«3 de julio.

Jorge: Tienes razón al decirme que yo, por carta, soy más expresiva que de palabra. La palabra no es ciertamente en mí uno de los medios de comunicación más expeditos. Siento una gran dificultad para expresar mis sentimientos cuando hablo. ¡Y mira que tú has logrado cambiarme mucho; pues, en vida de mamá, recuerdo que me costaba enorme trabajo decirle a ella que la quería! ¿Puede darse mayor vocación de muda?

Con la pluma, ya es diferente. Como nadie me ve, corre más fácilmente que lo haría la lengua. Acaso por esto mismo me das en tu carta de ayer la monumental broma de llamarme escritora, poetisa y quién sabe cuántos otros primores, sólo porque te describo las cosas de mi tierra tal y como las he visto. ¡Burlón! Para sentir las idealidades de acuarela de estos lugares, basta con tener ojos; y si tú vieras, dejarías esa malhadada política y te volverías poeta.

No ceso un instante de acordarme de ti. Quisiera tener alas, como los pájaros, para volar adonde tú estás.

Estoy casi buena. Cuando nos veamos, me hallarás menos flaca y con unos colores que para ti los quisieras. Como admirablemente, y paseo de la mañana a la noche. Tengo muchas amigas. Las muchachas laguenses son particularmente encantadoras; valen muchísimo más que los hombres—y esto te lo digo para que no te enceles—. En su sencillez misma hay un no sé qué de deliciosa coquetería. Son afectuosas y risueñas. Una he conocido, Lola, delgada, morenilla, de ojos pequeñitos y negros, con un pelo que por lo largo y abundante es una bendición de Dios. La encuentro preciosa en su afán de decirlo todo en diminutivo: — «Mire, Enriquito—le aseguraba la otra noche, en la plaza, a un rendido cortejador suyo—, si me sigue diciendo tantas cositas malas, vamos a tener un disgustito.»

¡Cuánta diferencia advierto entre estas lindas muchachas criadas en la maravillosa alegría de los patios y aquellas acartonadas y tiesas de los salones de México, que beben té todos los días, «flirtean» con afectación y hablan a veces en mal francés! Son tan bonitas mis paisanas, que casi te ruego que no vengas porque correría el riesgo de perderte; aunque, bien mirado, yo sigo siendo «paya» por los cuatro costados, y por mucho que Sofía se empeñe, no conseguirá aristocratizarme.

A propósito: nada me dices de ésta en tu última carta. ¡Qué!, ¿se han suspendido los paseos en automóvil por San Francisco? No quiero que así suceda. Bien sabes con cuánto gusto veo, principalmente por papá, que tú procures ser siempre amable con ella.

Te echo mucho de menos. Apenas llevo diecisiete días de estar aquí, y ya me parecé un siglo. La propia quietud de Lagos, en ocasiones, me contrista. Ahora llueve. Una lluvia